

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

DECENARIO POPULAR CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

| | |
|--------------------------------------------|----------|
| 10 números cada diez días, 2 reales al mes | |
| 30 " " " " " " " " " " " " " " " " | 1 pta. |
| 100 " " " " " " " " " " " " " " " " | 5 " " " |
| 500 " " " " " " " " " " " " " " " " | 25 " " " |
| 1000 " " " " " " " " " " " " " " " " | 50 " " " |

«Este precepto os doy: Amaos los unos á los otros como Yo os he amado.»

(JESUORISTO A SUS DISCIPULOS)

Tirada mensual de este periódico
21.000 EJEMPLARES

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73

La correspondencia de provincias al señor D. Dr. de EL AMIGO DEL POBRE — Gijón.

Aventura de un joven alemán con un esqueleto

En la célebre *Revue du Monde Invisible*, al ocuparse de estudiar los hechos sobrenaturales se refiere el siguiente caso auténtico, que traducimos por creerlo interesante:

Había en la Universidad de Continga un estudiante muy conocido por su incredulidad y por su odio implacable contra el cristianismo. No perdonaba ocasión alguna de lucir sus impíos sentimientos, hasta tal punto que su fanatismo irreligioso ya era proverbial en la ciudad. Una noche de estío, despertado por un rayo que cayó en la casa donde habitaba y que penetró hasta su mismo departamento, saltó furioso de su cama, cogió un fusil e hizo fuego contra la nube tempestuosa, como quien desafia al poder divino.

Se contaban otros hechos de este género que revelaban su irreligiosidad llevada al último grado de monomanía aguda.

Este joven, descendiente de una familia honrada y rica, cursaba la medicina.

Vivía con un camarada, su amigo, quien abundaba en los mismos sentimientos, aunque no en el mismo extremo.

Ambos eran practicantes de anatomía y, a gran precio se compraron un esqueleto que habían sacado de un antiguo convento de la ciudad.

Después de estudiar los detalles de la organización humana en este esqueleto, lo dejaban sobre una de las camas del cuarto.

A la noche siguiente en que cayó aquel rayo, apenas se habían acostado, cuando el más fuerte de espíritu, el más incrédulo, sintió una fortísima opresión en la garganta como si una mano poderosa quisiera extrangularle.

A los violentos esfuerzos que hizo para gritar y desprenderse de aquella mano huesuda que le oprimía, despertó su compañero y le preguntó qué le pasaba.

Ya había saltado del lecho y podía hablar.

Refirió lo sucedido y pensando que fuese una crisis nerviosa, tomó algunas gotas de cordial y volvió a acostarse.

Pero bien pronto siente una opresión más fuerte que la primera.

Azorado y tembloroso salta otra vez de su cama y dice: «¡Yo creo que este maldito esqueleto es quien me ahoga!»

—Bah, si eso te causa miedo, replica el compañero, tranquilízate, ya verás lo que hago.

En efecto, coge el esqueleto, lo echa sobre su cama y se duerme.

Pero cuál sería su espanto y confusión, cuando al instante siente en la garganta una horrible y fría mano que le ahoga ferozmente! No sin violentos esfuerzos pudo librarse de tan funesta lucha y embargado de horror gritó:

—«¿Qué quieres tú, abominable espectro, qué te hemos hecho para que nos persigas?»

—Me causáis horror, respondió al punto una voz sobrehumana, no puedo tolerar que mis restos sean manchados por las manos de hombres tan impíos.

A estas palabras un fantasma de religioso atravesó lentamente el cuarto y desapareció.

Profundamente emocionado el estudiante, de súbito sintió un cambio en sus ideas.

El pensamiento en la otra vida brilló por primera vez en su alma junto con las creencias en la Divinidad y las demás ideas que son consiguientes.

Toda la noche la pasó en amargas reflexiones y al brillar el día ya había tomado una resolución: a la más desenfrenada incredulidad había sucedido la viva luz de fe.

Nuestro estudiante estaba decidido a consagrarse al servicio de Dios de quien había blasfemado y desconocido tanto tiempo. En verdad, se hizo sacerdote y no cesa de dar admirables ejemplos de piedad a sus camaradas.

El Sr. de Cuzzi, ahora Padre jesuita de Tolosa, ha contado el suceso; no lo ha oído de nadie, él mismo ha sido el héroe de esta aventura.

Hasta los huesos de los muertos abominan la impiedad.

Resurrección

Con este título acaba de publicarse lejos de esta región la siguiente crónica, consoladora para todo católico sincero, que lleva la firma del eminente D. Francisco Melgar. Dice así:

Después de haber pasado un mes, prisionero puedo decir, en el campo teutón, llevo ahora cerca de otro mes en el campo opuesto.

En uno y en otro he recogido amplísima cosecha de observaciones, tomadas sobre lo vivo, y material suficiente para escribir, no ya muchos artículos, sino libros enteros.

Razones de alta conveniencia me impiden, desgraciadamente, dar libre curso a mi pluma y me privan de una libertad que vivamente ansio recobrar, para, rendir a la verdad y a la justicia el público culto que se les debe.

Ahora me encuentro en un gran centro hospitalario, donde yacen en el lecho del dolor muchísimos miles de heridos. y en la imposibilidad de hacer otra cosa, voy a limitarme a consignar la impresión dominante que me produce lo que estoy viendo, y que se sobrepone a todas.

Esa impresión es la de que asisto a la repetición de un milagro de Lázaro, o si se quiere de Juana de Arco. Delante de mis ojos veo a un pueblo casi putrefacto sacudir el sudario, abrir los ojos y recobrar todas las apariencias de la salud y la vida.

Al entrar en una sala de heridos, nadie diría que aquello es un hospital, sino un gran dormitorio de familia. Las palabras que más continuamente se oyen son: ¡Padre! ¡Hermana! Porque allí los que imperan son la negra sotana y las niveas tocas de las Hijas de San Vicente. A los que visten esa santa librea, se tienden todas las manos y se dirigen todos los ojos.

No hay herido, en la proporción, por lo menos, de 900 sobre 1.000, que no cumpla con sus deberes religiosos, que no se confiese y que no rece. Las esclusas levantadas por la persecución para impedir que llegue hasta el pueblo el agua regeneradora de la Doctrina Cristiana, se han roto violentamente, y un fecundante caudal, que puede compararse al de los desbordamientos del Nilo, lo inunda todo.

No quiero hablar por mí mismo, y cedo la palabra a testigos de mayor excepción:

En «Le Matin», que acabo de recibir y que nadie podrá acusar de parcial en favor del clericalismo, aparece una carta sin firma, pero cuyo autor, dice el periódico, es «un brillantísimo joven abogado de los más populares en el Foro de París y que siempre fué, o se creyó, escéptico».

De esa carta, escrita desde un campamento, extracto estos párrafos.

«Todos los domingos, a las ocho de la mañana, tenemos misa, habiéndonos prevenido los jefes que podemos oír todos los que queramos. Yo, por curiosidad, fui el primer domingo, y desde el principio hasta el fin no hice más que llorar a lágrima viva. El altar se levanta en un tablado cubierto de tela encarnada y que la ingeniosa solicitud de algunos soldados ha sabido adornar de vistosas flores. En el fondo del patio se agrupan 1.500 hombres, todo lo que queda del regimiento, que han aprendido a cantar, en coro, aires sencillísimos e ingenuos que a mí me parecen hasta más conmovedores que el canto de los marineros, que tanto entusiasma a Chateaubriand:

«Queremos a Dios en nuestros ejércitos—queremos a Dios para que nuestros jóvenes soldados,—al defender a nuestra Francia idolotrada,—sean héroes en los combates,—¡Salva a la patria una vez más, ¡oh Juana—¡Sálvala! ¡En ti confía!»

Los oficiales se arrodillan revueltos con los soldados. Y a lo lejos puntúan y ritman los cánticos los belicosos toques de clarín, recordando que la nación armada está en su puesto, como militar vigilante.

Terminado el canto, habla el capellán.

Nada de retórica ni de literatura, sólo frases directas y apóstrofes clarísimos: una elocuencia que se burla de la elocuencia, y que remueve hasta el fondo de las entrañas al auditorio.

El sacerdote, que tiene los cabellos blancos como la nieve, dice: «Hijos de mi alma vengo a visitar a vuestros queridísimos heridos. Cuánto hubiera dado por besar, una por una todas sus sangrientas llagas! Por aquellas bocas ha vertido Francia su sangre generosa que ha de redimirnos.»

Y el anciano llora, y con él lloran como niños aquellos hombres que sonreían bajo el huracán de la metralla...»

Después del hostil, o del indiferente, oigamos a alguien que es parte interesada.

El abate Lecroix, capellán de la Marina, escribe.

«La acogida que nos ha dispensado la escuadra supera a todas nuestras esperanzas. Nadie nos había anunciado, pero apenas pisamos el puente, una multitud de oficiales nos rodeó manifestando la mayor complacencia, siguiéndoles los marineros, cuyas fisonomías revelaban la más simpática curiosidad.

El almirante de Lapeyrère nos recibió inmediatamente, expresándonos la honda satisfacción que le producía nuestra llegada y añadiendo: Id señores capellanes id a todos mis barcos visitad todas las tripulaciones con la mayor frecuencia posible; todo el bien que hagáis a mis hombres os lo agradeceré como hecho a mí mismo.

Al día siguiente, domingo, se celebró misa sobre la cubierta de todos los buques, asistiendo a cada una más de 500 hombres, entre oficiales y marinería. En cada misa el oficiante leyó el Evangelio del día en francés, comentándolo con algunas palabras de actualidad.

Era la primera vez, desde hace nueve años, que se celebraba el santo sacrificio a bordo de un buque de guerra.

En los días de trabajo cada uno de nosotros celebra la misa en su camarote. A todas ellas asisten, ¡y comulgan!, multitud de oficiales y marineros.

Se nos ha prevenido que desde la semana próxima se establecerán, oficialmente, las oraciones de la mañana y de la tarde.

Añadamos a estos dos testimonios, tan impregnados de vida y tan palpitantes de interés, otro no menos significativo:

A fines de Agosto se presentaron en la Gruta de Lourdes tres escuadrones de húsares, conducidos por el comandante Gatal quien pidió a monseñor Schoepfer, Obispo de la diócesis, que bendijera sus espadas.

Recientemente han acudido al mismo sitio, y con idéntico objeto, dos escuadrones más de aquel regimiento, al mando del comandante De La Croix Lorel, que pronunció una arrebatadora alocución, de la que extracto el principio y el fin.

«¡Húsares! Antes de abandonar este magnífico país de los Pirineos, donde habíamos venido con objeto de ultimar la preparación para la guerra, vosotros y yo, visitad una vez más esta tierra bendita de los milagros, la ciudad de las apariciones.

Desde aquí, mejor que desde parte alguna, nuestros recuerdos pueden volar hacia los seres que nos son más queridos; madres, esposas, hermanas, prometidas, hijas.

De aquí es preciso que partais, llevando en el alma un sentimiento de amplia, honda y altísima confianza.

¡Húsares! Dadme vuestros ojos, para que vuestras miradas se crucen y se inflamen, brotando de ellas un relámpago semejante a las chispas que despiden vuestras espadas al entrechocarse.

¡Húsares, húsares míos! Dadme vuestros brazos para que en los campos de batalla podamos segar juntos la sangrienta mies de las futuras victorias

¡Húsares, húsares míos! Dadme la sangre de vuestras venas para que con ella se empape y se enrojezca el suelo patrio y broten de él en abundancia laureles para los que sobrevivan y palmas para los que caigan.

¡Húsares! Dadme vuestro corazón, para que lo junte con el mío, y, reunidos, lo ofrezca en holocausto al Dios de los ejércitos por la salvación de la patria.

Ved, Señor ved cómo se postran en vuestra presencia todos los que van a combatir y sabrán morir por la patria. Sed propicio a los hijos de vuestra hija primogénita, porque en Vos ponen toda su esperanza.

Ahora, ministro de Dios vivo, implora para nosotros la bendición Omnipotente. Haz que descienda sobre nuestras cabezas y sobre todas las cabezas que amamos; haz, ante todo, que alcance a nuestras espadas, que se incruste en ellas y las haga invencibles.

¡Presenten, armas!»

A esta voz de mando, los trescientos sables de los dos escuadrones salieron a la vez de sus vainas y elevándose un momento hacia el cielo, se inclinaron en seguida, en actitud de reverente acatamiento, delante de la Virgen de la Gruta.

Recomiendo la lectura de esos tres incidentes al amigo muy querido que me escribe, advirtiéndome que no se puede desear el triunfo de Francia porque se daría la razón a Pablo Iglesias; que sostiene que Francia ganará porque es República y Alemania será vencida porque es un imperio.

A semejante salida de pie de banco bastaría contestar preguntando a Pablo Iglesias cómo pueden entonces vencer tres monarquías Rusia, Inglaterra Bélgica; pero, sin necesidad de retorcer así el argumento, nos limitaremos a decirles que si Francia vence, será porque quien lucha en los campos de batalla es la Francia de los húsares de Lourdes, de los capellanes de la Armada y del «brillante y popular» abogado de «Le Matin», y no la Francia de Vivini y los Poincaré, los cuales no habrán tenido otra parte en la victoria ni otro mérito que el de haber bajado la cabeza ante la evidencia y haber puesto los destinos de su patria en manos de los mejores de sus hijos, que hace dos meses todavía habrían sido castigados severamente por pronunciar o escribir las palabras que he traducido, y que hoy son universalmente respetados y aclamados.

Detesto esa gente que negándome el alma, sostiene que yo soy un montón de lodo.

Napoleón

¡PERDÓN Y PIEDAD!

¡Piedad, Señor! La fratricida guerra—afrenta de la triste humanidad—atrueña ya con su fragor la tierra... Y hay un ambiente de dolor que aterra ¡Piedad, Señor, piedad!

Acaso, acaso desventuras tantas justo castigo del pecado son... ¡Cuántas, Señor, son nuestras culpas, cuántas!

Mas hénos ya contritos a tus plantas... ¡Perdón, Señor, perdón!

Lágrimas, sangre, asolación, ruina, luto, pavor, tristezas, orfandad... ¡La Humanidad hacia su fin camina!... ¡Buen Dios, sus derroteros ilumina!... ¡Piedad, Señor, piedad!

Olvidadas de ti van las naciones sumiéndose en horrible corrupción... Y laten sólo ya viles pasiones... Y dominan doquier las ambiciones ¡Perdón, Señor, perdón!

No me mueve, mi Dios, afecto insano; sólo tu eterna y dulce Caridad. Para mí no hay latino ni germano... ¡Todo hombre es tu hijo y es mi hermano ¡Para todos, Señor, perdón... piedad...

V. MONTUNO MORENTE.

IMPRESIONES

¿Qué es la muerte? En las plantas, el último retoque de sus tonos de esmeralda.

Es el chasquido de la rama seca que el viento desgaja; es el tinte violáceo que estampa la corrupción sobre el fruto desprendido; es la palidez de la corola tendida sobre el fango.

¿Qué es la muerte? En los seres irracionales e inconscientes, un estremecimiento de la médula; corriente punzante y fría que hace vibrar todo el dédalo nervioso del organismo.

Es el ansia de vivir, vencida por la angustia del último suspiro.

Es el mutismo, la ceguera... ¡la pérdida del hábito de vivir!

Es la supresión radical y definitiva de toda sensación. Es la asfixia. Es la parálisis del corazón. La rigidez, la descomposición... ¡El triunfo de un gusanito sobre el cuerpo vencido!

¿Qué es la muerte? En el ser humano que piensa y que siente, una ausencia, un sueño.

En el impío, una separación violenta que inspira horror y que engendra desesperación.

En el hombre religioso, un adiós saturado de consuelos.

En el creyente, el desprendimiento forzoso de este mundo perecedero, a cambio de una eternidad de vida.

En el cristiano es despertar a la luz; es abandonar la región del egoísmo y entrar en el reino del amor.

En el católico, es restituirse a la Patria; pagar el tributo del pecado; abandonar a la divina Misericordia. ¡Es volar a Jesús, nuestro fiador, Redentor del mundo!

También es obra de caridad la buena prensa

Antes que nada, sobre todo, lo más grande, la caridad. Así es. Pero ¿no es una obra de caridad el periódico? ¿Y no pertenece al orden de las espirituales, que valen tanto más que las otras cuanto el espíritu aventaja al cuerpo?... Hoy aqueja a la multitud, en esta sociedad desierta de verdades, el hambre de leer, el hambre del periódico, y hay que alimentarla con los buenos, si no queremos que los malos la envenenen.

Antolín, Arzobispo de Tarragona.

Recuerdo del setenta

En estos momentos en que Francia y Alemania están empeñadas de nuevo en una guerra espantosa, que no puede decirse cómo terminará, agravada ahora por la intervención en ella de la mayor parte de las naciones europeas, creemos curioso reproducir algunas cifras relativas a la guerra de 1870, entre aquellas dos naciones; que de nuevo dirimen sus contiendas por medio de las armas.

He aquí ahora dichas cifras:

Francia puso entonces en pie de guerra 1.980.000 hombres, Alemania 1.494.000.

Francia tuvo 1.005.000 bajas, distribuidas en la siguiente forma: muertos 139.000; heridos 140.000; prisioneros 726.000.

Alemania tuvo solamente 140.000 bajas que fueron éstas: muertos 47.000, heridos 80.000, prisioneros 13.000.

En la guerra perdió Francia 107 banderas, 1.915 cañones de campaña, 5.520 cañones de plaza o sitio, 855.000 fusiles, 12.000 furgones, 600 vagones y 50 locomotoras.

Los gastos que a Francia ocasionó la guerra fueron los siguientes:

| | |
|----------------------------------|----------------------|
| Indemnización a Alemania. | 5.000.000.000 |
| Contribución | 593.000.000 |
| Ejército de 1.ª línea | 600.000.000 |
| Guardia Nacional | 1.000.000.000 |
| Guardia departamental | 140.000.000 |
| Total de gastos | 7.333.000.000 |

SECCIÓN AGRICOLA

El trigo en España.

Producción y consumo.

He aquí la nota oficiosa que acaba de ser dada a la publicidad por el Ministerio de Fomento:

«Se ha calculado la cosecha de trigo en España este año en 30.780.000 quintales métricos; cifra que permite calificarla de regular.»

Según las noticias que se han podido recoger, créese que existe aún en los graneros españoles un sobrante de 6.705.000 quintales métricos. Dicha cantidad no se refiere al

sobrante exclusivo de la producción española, que ya se sabe es insuficiente con relación al consumo panero de nuestro país, sino al factor importante de la importación triguera de Rusia y América en época de normalidad.

Parece, pues, que tenemos en España una existencia de trigo de 37.575.000 quintales métricos.

El consumo de trigo de nuestro país se evalúa en 42 millones de quintales métricos.

Mientras dure la guerra no ha de venir trigo de Rusia. La República Argentina ha votado una ley autorizando al Poder ejecutivo para limitar o prohibir la exportación de trigos y sus harinas.

Teniendo presente esto y las cifras anteriores expuestas, nos encontraremos con un déficit de 4.425.000 quintales métricos

Nuestra situación en este aspecto, es sin embargo, favorable. Tenemos trigo hasta bien entrada la primavera, estando asegurado el consumo durante el invierno.

Este déficit, que relativamente es pequeño, se cubrirá, seguramente, con las importaciones de la América del Sur, del Canadá y aún de Oriente. Además, las ventas procedentes de presas marítimas, que arriban en nuestros puertos neutrales, posible es que arrojen una cifra de importancia.

No hay motivo, pues, para ninguna clase de pesimismo en este orden de la economía nacional. Únicamente se desprende de las cifras apuntadas una imperiosa necesidad: la de que la producción triguera en España vaya aumentando con relación al consumo, enriqueciéndose con ello el país.

BIBLIOGRAFIA

Agradecidos

Lo estamos muy de veras al Centro *Ora et Labora* del Seminario de Sevilla, que ha tenido la atención de enviarnos un voluminoso paquete de los impresos publicados.

La impresión que produce su lectura es en alto grado confortadora. El número y calidad de estos propagandistas, la variedad de ingeniosos medios de acción, hacen pensar en un porvenir para la prensa católica que no será tan lleno de espinas, como el camino que hemos recorrido hasta aquí.

UN SÍNTOMA

En una tertulia:

—Verá V. Yo si soy francófilo y a la par germanófilo es porque recuerdo con delectación que Francia fué la que apagó las luminarias del cielo; fué la gran perseguidora de curas, frailes y monjas, expulsándolos de su territorio sin contemplaciones y hasta a culatazos; que allí donde sabía de algún católico ya estaba dando con él en tierra, degradándole si era militar, dejándole cesante y sitiándole por hambre si era algún empleado; y además que confiscó los conventos, los colegios de religiosos, las iglesias, cuanto pudo... en fin todo ello una delicia para nosotros los anticlericales, que quisiéramos en España se hiciese igual.

—Cree V. que si Francia gana no ha de continuar en esta labor a todas luces beneficiosa para la verdadera libertad?

En cambio Alemania no ha hecho nada de esto. Al contrario, aunque protestante, concede las mismas libertades y derechos a los católicos y aun

me parece que más y tiene un Emperador que reza y habla de la otra vida, y esto no es propio de una nación civilizada a la moderna... Ahora vuelva usted a preguntarme.

—No, no; has estado de sobra elocuente. Te compadezco.

Charla

—Mi querido amigo y director; su periódico de usted es muy leído, muy popular, aquí y fuera de aquí; debo decirle a usted para su satisfacción que en la plaza de Melilla se lo ví leyendo a varios soldados; he oído a muchos obreros y no obreros que les gusta por su estilo ameno, franco y sencillo; las *historietas* y las *charlas* son en lo que más se fijan, así que yo creo sería muy conveniente aprovechar esta fuerza de propaganda para llevar a muchos el convencimiento de la gravedad de una falta en que incurren frecuentemente para su desgracia; falta que si en ocasiones es la malicia la que la provoca, más veces es la ignorancia de consecuencias funestas.

—Conozco su amor y entusiasmos por la causa del bien, así que pongo desde luego a su disposición las columnas de EL AMIGO DEL POBRE, señor doctor.

—Gracias, muchas gracias. Se trata de la visita que no ha mucho me hizo una señora, como amigo y como médico, y lo que yo le contesté al caso. Salvando ciertas confidencias íntimas le daré a usted la conferencia dialogada, como si fuese una de sus *charlas*, así hará más efecto en aquellos que quieran entenderla y que deban entenderla. Es, lo comprendo, escabroso el asunto, pero veré de salvar el escollo lo mejor posible, con la ayuda de Dios.

Tenga usted mis cuartillas.

—¡Ay, señor doctor y amigo del alma, estoy del todo atribulada, pesa sobre mí una desgracia horrible, que nunca pude imaginar. Aquella hija mía que yo criaba con tanto esmero, con tanto cariño para que ni en su cuerpo hiciese presa el mal por algun descuido o imprudencia, ni en su alma se gozase el demonio de verla manchada con el pecado, aquella hija mía objeto de todas mis preocupaciones y desvelos lo es ahora de mi sufrir y de mis lágrimas constantes.

—¿Qué le ha pasado, mi pobre amiga?

—Ah, si viviera su padre, si las cosas pudieran volver a empezar... ¡yo le juro a usted que primero consentiría verla muerta que casada como la ve!

—¿No la hace feliz su esposo, aquel joven de tan afable trato?

—Aquel joven... nos tenía engañadas a las dos... es uno de tantos... como los frutos del mar Muerto, muy hermoso de aspecto, pero ¡podridos en su interior, sí, señor, podrido y que ha comunicado su podredumbre a mi pobre hija que ahora sufre enfermedad vergonzosa... ¿me entiende usted?

—Señora, la entiendo de sobra. Lamentaciones parecidas, chascos por el estilo los tengo oído muchísimas veces en este gabinete de consultas, y es que la juventud del día está en su mayor parte pervertida, aparenta una cosa y es otra. Yo veo, vemos todos, casi niños entregados con afán a lecturas por demás escandalosas, lúbricas; el periódico llamado sicalpítico es el que priva hoy ¡da pena! La actriz descocada, la escena indecente, la copla asquerosa, eso, eso es lo que lleva a jóvenes y a los que no son jóvenes tras de sí, para después sellarlos con la marca de la bestia.

—Pero quién lo había de pensar de ese joven tan bien educado, y con unos padres tan buenos...

—Sí... hay muchísimos jóvenes como ese que saben aparentar una excelente educación cuando les conviene, y bastantes padres bonachones que no ven más allá de sus narices tratándose de investigar lo que hacen sus hijos cuando no están con ellos, qué tertulias frecuentan, qué leen... Señora, vienen aquí jovencitos a curarse que me dejan horrorizado; nadie puede presumir en ellos tales padecimientos, degeneración tal y luego, si

a casarse llegan ¡pobres esposas víctimas de escandalosas escenas inventadas por la depravación y el libertinaje que hacen de la alcoba conyugal hartó a menudo un verdadero lupanar.

—¡Ay, Dios mío! ¡pobre hijita del alma! ¡No hay felicidad comparable a la de la mujer que encuentra un esposo no contaminado por este mal repugnante y pernicioso del siglo.

—Grave culpa hecho yo en mucho de ello a las autoridades que consienten pasear triunfantes a cara descubierta la lascivia con todo su asqueroso cortejo de deshonrados adoradores, y propagandistas en el periódico, en el teatro y en las calles públicas, contribuyendo en su grado máximo a la degeneración completa de la raza y provocando la ira de Dios para que haga de estos pueblos envilecidos lo que de las cinco ciudades de Pentápolis por el mismo horrible pecado: Abrasarlas totalmente.

—Sí, el mundo va cada vez peor, por eso cuánto más vale no tener hijos.

—Lo que más vale sábelo Dios. El los da o los niega según su divina voluntad.

—Usted bien sabe que muchos matrimonios se empeñan en no tenerlos y no los tienen.

—Verdad es. Las teorías de Malthus dominan que es un horror, asustando a los pusilánimes con las exigencias de la vida. De sobra conozco, señora, esos procedimientos artificiales para contener el crecimiento de población, procedimientos a todas

luces inmorales y anti-higiénicos; inmorales porque infringen las leyes de la Naturaleza, el fin principal del matrimonio contra los cuales nadie se puede insurreccionar impunemente, y que Dios castiga con terrible severidad aun en este mundo, y antihigiénicos porque son causa de gravísimas enfermedades en los esposos y de peligros para el orden social. Así que, creyendo ellos huir de un mal que resulta después de todo imaginario, caen en el que es real y terrible. Desórdenes nerviosos, neurosis generales, dislocaciones de la matriz, cánceres, etc., etc., no reconocen otra causa que las relaciones sexuales anormales. En el pecado llevan la penitencia.

—Y yo que ni siquiera presumía nada de esto! Debieran ustedes los médicos ilustrar más al pueblo en estas cosas para que viviese más alerta.

—De sobra lo hacemos; el por qué no se nos atiende díganlo los interesados. No obstante, una vez más tomaré la pluma para volver sobre el mismo tema y esta vez no será en una revista técnica sino en un periódico popular y bien conocido en todas partes por pobres y ricos, obreros y patronos. Para el caso me bastará explicar nuestra entrevista que dice bastante a los que quieren y deban entender. Y ahora, como resultado de su visita de usted hágame el favor de suplicarle a su hijo político que se venga por aquí. Le hablaré como caballero, como médico y como cristiano, espero que entrará en razón.

—Muchas gracias, señor mío, hoy mismo le comunicaré su ruego y Dios haga lo demás.

Acebal, Rato y Comp.[®]

FUNDICION DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJÓN

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra, evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tuberías, parrillas, etc

BANCO DE CASTILLA
SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

IMAGENES Y ALTARES

Para adquirirlos recomendamos los laureados y acreditados talleres de

JOSE TENA

BAJADA PUENTE DEL MAR, 1
VALENCIA

No dejar de consultar esta casa.

PAÑOS Y NOVEDADES

LA SIRENA

Corrida, 86 y 93

GIJÓN

FUNERARIA DE
Hijos de Feliciano Rodríguez

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40.—GIJÓN—Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

—: Prontitud, esmero y economía :—

El día 19, a las siete de la mañana, se celebrará en la Iglesia de las MM. Agustinas una misa rezada en sufragio de los suscriptores difuntos de "EL AMIGO DEL POBRE".

R. I. P.

Obras teatrales de venta en esta Admón.
(A propósito para Sociedades obreras)

Una peseta ejemplar.

JAUJA, juguete cómico-lírico en un acto.
(La música, 2,50 ptas.)

MITIN SOCIALISTA, episodio de actualidad, en un acto.

EL SEÑORITO, sátira en un acto.

EL REQUETE, comedia en tres jornadas.

EL ANARQUISTA, drama en 2 actos, 2.ª edición

Colecciones de EL AMIGO DEL POBRE, todos los años publicados. 2 ptas. las de los dos primeros años; a 3 ptas. los sucesivos.

Envíos certificados, 0,25 ptas. más. El importe, al hacer el pedido.

Imp. de Lino V. Sangenis.—Gijón